

El proceso roto

ROSA PAZ

LA VANGUARDIA, 16.06.07

El 30 aniversario de las primeras elecciones libres ha venido prologado por la decisión de ETA de romper el alto el fuego y mantenerse como la única lacra que perdura en la actual etapa democrática. Empeñada en dar la razón a los agoreros y en colocar de nuevo a la sociedad - y en especial a quienes se saben directamente amenazados- en esa angustiosa espera de que pase lo peor. La desesperanza no debería impedir, sin embargo, una reflexión serena sobre lo ocurrido. Recordar que el proceso de paz que el Gobierno ha intentado poner en marcha tenía, aparentemente, bases más sólidas que las que sustentaron las experiencias anteriores y por ello generó tanta esperanza e incluso la sensación en muchos ciudadanos de que el parón de ETA era irreversible.

De hecho, cuando los tres encapuchados anunciaron en marzo del 2006 el alto el fuego permanente, habían pasado casi tres años sin atentados mortales. Gracias al acoso policial y judicial que recortó la capacidad de acción de los terroristas, pero también a un cierto desestimiento de ETA previo a la tregua. Así que con el prólogo de tres años sin muertos - un hecho sin precedentes- parecía que esta vez podía ser la definitiva.

Era una oportunidad que se abría después de años de contactos secretos entre el dirigente socialista vasco Jesús Eguiguren y el portavoz de Batasuna, Arnaldo Otegi, quien en noviembre del 2005 propuso públicamente un método que facilitaba el proceso porque planteaba dos mesas separadas e independientes: en una el Gobierno y ETA hablaban de armas y presos, y en otra los partidos políticos vascos estudiaban un nuevo marco estatutario. Con este escenario, se salvaba el principal escollo de otras negociaciones anteriores: el diálogo con ETA no tendría contenido político.

A confiar en que este planteamiento iba a prosperar ayudaba también el hecho de que las conversaciones estuvieran supervisadas por el centro Henry Dunant, con sede en Ginebra y especializado en la resolución de conflictos, y tuviera,

entre otros, el apoyo y el asesoramiento de los artífices del proceso de paz de Irlanda del Norte, incluido el primer ministro británico, Tony Blair.

Claro que desde el principio se alzaron voces alertando de que ETA iba a volver a engañar al Gobierno y de que el proceso fracasaría. Muchas lo hicieron de buena fe. Otras, como la cúpula del PP con un objetivo electoral, a sabiendas de que incluso si el proceso iba bien necesitaría de más de una legislatura para arribar a buen puerto y, por tanto, el presidente Rodríguez Zapatero no tendría resultados que mostrar en las próximas elecciones.

Pero ¿qué tenía que hacer el Gobierno? ¿Desaprovechar la oportunidad de acabar con el terrorismo a la luz de las fracasadas experiencias anteriores? Zapatero estaba obligado a aprovechar la oportunidad de buscar la disolución de ETA. Igual que ahora tiene la obligación de ser implacable. Por suerte, el compromiso del líder del PP, Mariano Rajoy, de apoyar la política antiterrorista evitará, en esta ocasión, la imagen de la división.

¿Y qué pasa con Batasuna? Después de tanto clamar por el diálogo, ha sido una vez más incapaz de desmarcarse de ETA. Y si ETA vuelve a matar, ésa será también su derrota, porque perderán todo su crédito en una sociedad vasca que no va a soportar ni un funeral más.